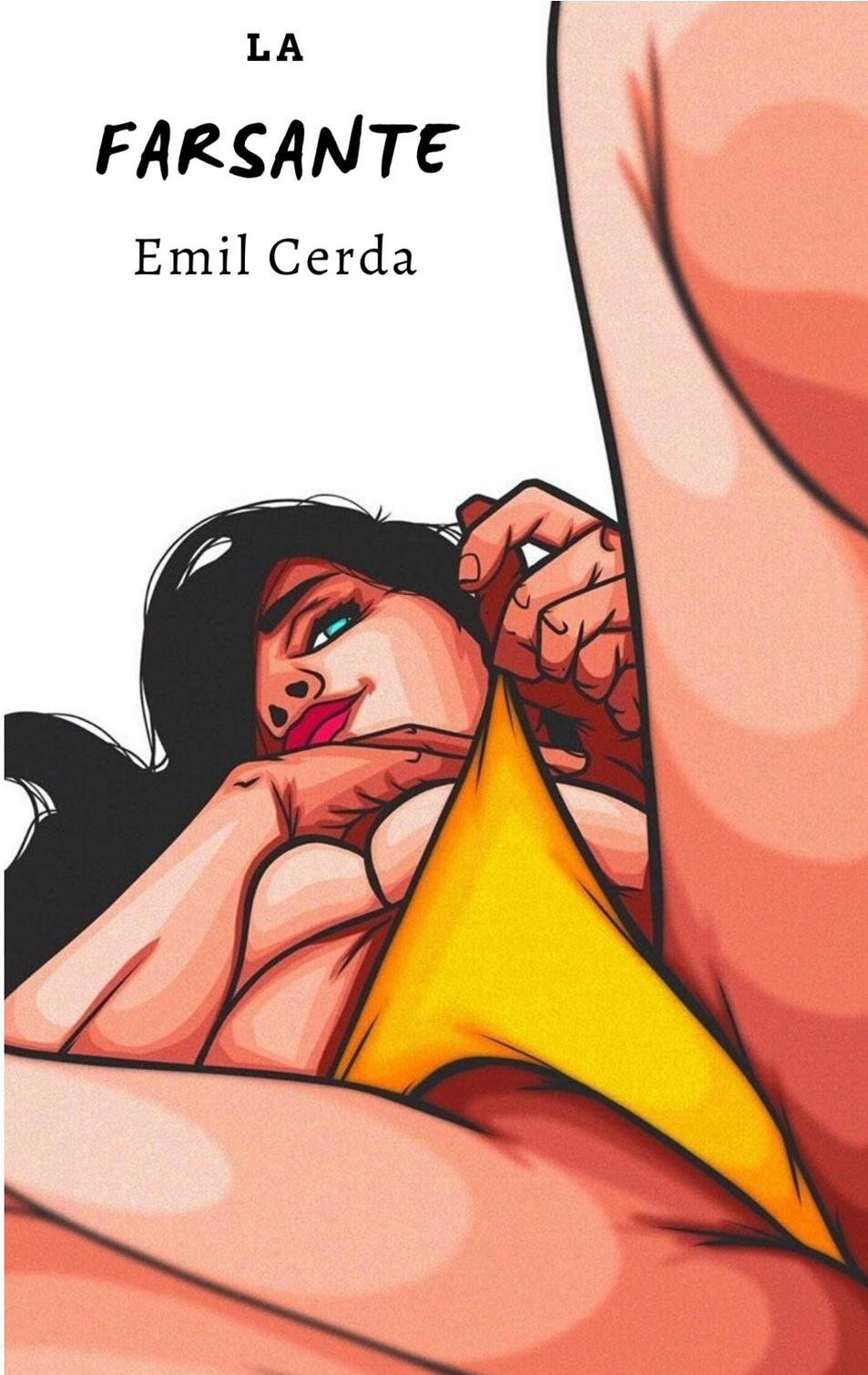


La Farsante

Emil Cerda

LA
FARSANTE

Emil Cerda



Capítulo 1

Miércoles 13 de enero, 2016

Ensanche la Fe, calle Ortega & Gasset, esquina San Martín

3: 00., A. M.

Estaba caminando rumbo a mi morada junto con Wilber y Gabriel, en la acera de alguna calle del Ensanche la Fe, mi antiguo barrio, quien me contempló yaciendo en mi concepción. Creo que estudiar Psicología Evolutiva me sirvió de algo, ¿no? Se apartaron de mí, y se fueron por la calle San Martín. Estábamos en la casa de una amiga de Gabriel, como era año nuevo, amanecimos en su domicilio, empero decidimos retornar a casa en plena madrugada.

—Mierda, ¿de nuevo? —digo, sulfurado, al notar al instante cómo cae el semi-casquillo de pachuché en el estrato.

Me detengo mirando dicho efímero cigarro como por tres segundos, a lo que, por su vez, escucho la voz de una tipa que se va acercando a mi entorno.

—Si quieres te regalo uno, rubio —me dice, con uno entre sus dedos, haciendo énfasis en la mano que porta dicho tabaco pequeño.

—No —me niego—, no, con uno ya basta —prosigo.

—Ah —suspira y alza sus cejas, ojos y boca, denotando un "qué típico"—, supongo que eres de esos que se conforman con una sola cosa, a los que con el "simple" hecho de existir, con eso... se sienten vastos.

No le respondo; sólo que no me interesa hablar, dado que estoy enardecido de hastío. La ignoro y, camino, retomando la aventura hacia mi domicilio. Casi ya terminando la acera de dicha vía, mi coclea corresponde al rol de ser vigía y retorna el habla de aquella fémina.

—Cuidado, Emil —apenas se alcanza a oír de ella.

Freno de tope, y me cuestiono: "¿Cómo diablos ella sabe mi etiqueta? Es primera vez que nos topamos, ¿y ya sabe mi nombre? ¿Me secuestrarán? Por cierto, ¿cómo es que me grita estando todo esto ya solitario? Si vienen pandilleros sabrán que estamos por estos sitios, y nos darán un ultimátum".

Cuando retrocedo mi sentido visual, no hace visible a la hembra que antes me ofreció para fumar. Es difícil, y creo que soy uno de tan pocos, me

explico: luces encendidas, no sé qué hora es, pero según mi presentimiento, tal vez sean las dos de la mañana. Interiorizo mis manos en mi abrigo de cuello de león, para así asentar el gélido de esta zona. Es hora de doblar por la calle Peña Batle, porque sinceramente, quiero sentir más confianza; no pretendo continuar por la Mauricio Báez, tengo que cortar y hacer de trocha para así palpar la Ramón Cáceres, próxima a mi destino.

No he escuchado ningún transporte terrestre cerca de mí aún. Estoy por la calle Arturo Logroño, cercana a la escuela Fidel Ferrer y, a la compañía Mejía Arcalá. Subo por dicha acera de la compañía, para así doblar y estar en la Ramón Cáceres. De paso, veo en la esquina de la acera que me queda al frente, en la compañía de dulces, El Puma, la misma chiquilla, con sus tacones pronunciados, y su extrema jeta de "inocente". Bueno, así la noto.

—No preguntaré cómo diablos sabes mi nombre, ni menos mucho te interpelaré por qué me rastreas. Sé que soy irresistible, y de que aunque tenga quince años, las maduras me consideran el "Fruto Prohibido", un "Playboy"; si ese es tu caso —sonrío, empero, me quedo atónito, ya que la perdí de vista.

"¿A dónde se fue?", pienso. Además de que no sirvió de nada de que ella me diera la dirección de la Iglesia de Dios la Treinta y Tres, dado que me perdí de ruta.

—Creo que deberías dejar de ser un poco narcisista, pequeño "Playboy"
—cuando me dice eso, se echa a mofarse de mí, estando detrás.

—¿Podrías —pregunto, haciendo un poco de bruxismo, y volteo a donde ella— dejar de aparecer y reaparecer delante de mí?

—Na —se opone, con su cráneo todo bello, haciendo el barbarismo de la palabra no.

—Está bien. Mucho gusto —extiendo mi mano—, no te diré mi nombre ya que al parecer te lo sabes, ¿grandulona? —me pregunto en voz alta, mirando para arriba—, en la esquina te vi chaparra, sin embargo, de cerca, eres más grande de lo que visualizas, ¿cuántas primaveras tienes?

—¿Mi edad? —Se acerca, como para susurrarme—. ¡Ja! Créeme, tengo eones, sería yo más que una tastarabuela para ti. Ah —me aprieta la mano, por fin, esa mamagüebo—, mi nombre es F...

—¿F...?

—Alondra García. —Arrastra sus ojos abajo, dudosa, tratando de inventar

algo—. Me conocen por Güinni.

—Comprendo, ¿cómo es que te llamas? —le digo, poniendo mi cara de sarcasmo, y bajo mi efígie justo en línea recta a la de ella—, ¿Güinni?

—Sí, así me dicen algunos.

—¿Quiénes?

—Eh... ¿mis choznos que tengo de ángeles?

—Oh, ¿estás casada?

—No —se niega, haciendo gestos de disgusto—, ¡ni loca! Nosotros los án... no-nosotros los ánglicos no podemos tener bebés. O eso creo —añade, arazcándose la cabeza, en torno a una duda.

—¿Ánglicos? —sonríe, sorprendido—, ¡guao! ¡¡Eres de Inglaterra!! Con razón eres tan —la inspecciono de abajo a arriba, y me dio cuenta de que tiene bastante trasero, un traje de cuero de color rojo, muy adherido a su piel, que le hace notar su tremenda panocha; subo y me topo con unos enormes senos, ¿pero qué enormes! No, esto era lo contrario: se veían redondos, grandes y volubles; y me topo con su rostro, mirándome sonriendo, soflamada—, tan... —Me quedo mirando su boca, y trago saliva— morena, aunque eres de piel negra. ¿Por qué no podéis tener hijos?

—Mmmm, pues... no sé, después de mi expulsión del Cielo...

—¿Del Cielo!

—¡Sí! —sonríe falsamente—, así se llamaba el lugar a donde viví.

—Ah.

—No, nunca he visto un bebé de mi tipo, ni lo veré.

—Está bien. Ahora, ¿me dirás por qué me persigues y sabes mi nombre, Güinni?

—No te perseguí.

—Ah, ¿sí? —le pregunto, acercándome más.

—Sí —afirma.

Entre nuestra precoz charla anónima, aparece un Honda Civic negro, que se estaciona al lado de ella.

—Lo siento, tengo que partir —me dice, dejando mi mano tumbada en el aire, yéndose al carro que mantenía sus vidrios negros subidos.

Se marchan.

—¿Es en serio? —grito, mirando arriba, echándole la culpa a Yo Soy por no dejarme singar a la tipa; aunque no puedo presumir mucho, tengo quince años.

Me quedo flechado por el inmenso regalo que el suelo me deja. ¡Es su número! Camino prontamente a mi techo, porque sinceramente no soporto más cansancio.

En la mañana que sigue, en mi trabajo de tintero, tomo el primer cagapuntas que veo. No dejo de pensar en Güinni; una utopía más que extraoficial de todos nosotros: el placer es tan macabro que cuando terminas con él, te sigue tentando.

—Emil, ¿no pretendes hacer nada? —me lo dice con una voz extenuante.

—No se preocupe, yo me encargo —le digo, para que me suelte en banda.

—Eso espero, ya que la última vez...

—La última vez —lo interrumpo, a ese maldito a'queroso— fue la última, no obstante, hay alguien que se llama: continuará. Usted sabe de eso, jefe.

Sólo vi cómo tragó en seco ese mamagüebo, digo, iverdad!, esta es una obra del maldito Emil Cerda, debe haber tecnicismo para que los periodistas no comenten "en contra" del realismo sucio; felacionista, ahora sí.

Preparo los embalses que están en la mesa a la derecha, entre tanto observatorio, distingo entre la penumbra de un folder amarillo, lo que viene siendo el filo de la tarjeta que contenía el número de Güinni, sin embargo, se habían borrado las cifras, ie incluso el bendito nombre de Alondra! Esto tiene que ser una broma de Natacha Rodríguez, la secretaria más fastidiosa de toda esta maldita franquicia. Las otras veinticuatro horas se la pasó murmurando con el jefe, y eso la ciñe de la primera

sospechosa; le sigo los pasos a ver qué encuentro.

Me aproximo a su despacho, me percató de que no hay muros en la costa, y dejo que mis manos caigan en todo el espacio tangible, a lo que llamamos escritorio. Inicio revisando, no obstante, las gavetas están cerradas, cada una, con llave, y al parecer, con un cifrado distinto.

—A ver, ¿qué se supone que tengo que hacer para abrir todo esto, la habilidad de Daredevil o un Alohomora? —me cuestiono, ya que por lo que veo no podré abrir ninguno de estos cajones.

—Sí, no te preocupes, aunque creo que el jefe tiene una cosa enorme, Nancy —alcanzo a escuchar a Natacha, hablar entre dientes, mientras se acerca a su despacho.

"¡Mierda!, ¿dónde me escondo?", es lo único que me llega a la mente. Veo una mesa rectangular que me inspira confianza para refugiarme en ella sin ser visto.

—¡Sí, de veras!, estábamos en su casa y preparó una cena espectacular, con rosas, velones...

"¿Natacha está saliendo con el jefe? Bueno, qué noticia".

—Y cuando se terminó me llevó a su recámara, y...

Me impresiono de tal buenas nuevas y, sin querer, me doy duro con la mesa, con mi estúpida cabeza, haciendo ruido.

—Espera —le dice a Nancy por teléfono, y soma su cabeza hacia el escritorio color caoba, con esperanza de encontrar al Hada de los Dientes.

Chicos, no sé vosotros, pero preferiría estar desnudo. Los aeróbicos me sirvieron, dado que parecía como Spiderman con diarrea. Mi pierna derecha está encima de mi brazo izquierdo, y la diestra, rosando el periné. No me había sentido auto-violado en toda mi puta existencia.

—No, nada —seguía su conversación abrupta—, pensaba haber escuchado algo en mi oficina. ¿Sí...?, ¿segura?, ¿segurísima? —decía contenta, mientras rebotaban sus tetas y decía el nombre de mi jefe.

Toma un documento sellado en azul con el logo de la empresa, MyMillionGames (la tuya, por si me la mentaste), y se marcha. Me desenvuelvo de mi conflicto conmigo mismo.

—Lindo sillón —digo, al notar el sillón principal de la oficina de Natacha—, lo tomaré un rato. —Cuando intento sentarme en él, noto el número cero— ¿El cero, por qué?, Señor, ¿esta es la señal para poder

sacarme la loto?

Siento que alguien está detrás de mi anatomía, por lo que, retrocede mi posición hacia donde mi sistema nervioso simpático me avisó. No noto nada, pero me aproximo a la ventana, y observo a lo lejos el número uno que está en un edificio bastante alto y, una chica pintando dicha cifra.

—Señor, van dos números, en verdad estás muy desesperado de que salga de esta olla —expreso, al ya saber dos números corridos, que al parecer, Dios o la suerte, quisieron darme.

Apunto esas dos cifras en mi diario, y salgo de la oficina de la correveidile de Natacha. Cierro lentamente, mientras sostengo el pomo con mi mano derecha, de la puerta de su oficina, mirando a los lados a ver si hay muros en la costa o no.

—Señor, dos números no son suficientes, ¿ahora qué sigue, cuáles serán los otros números que me darás? —digo, hablando con Dios, mientras camino a mi escritorio.

Me siento y, enciendo el monitor por que dejé apagado. ¡¡No es posible!! Es el número cero, ¿por qué otra vez? Bueno, la suerte y Dios están conmigo, no puedo perder los números a partir de ahora. Vuelvo y escribo el número en mi diario. ¡Ya son tres! ¿A paso de tortuga? ¡¡No lo creo!!

Suena mi celular.

—Emil, klk, dime a ver, papá.

—Hey, Richard, klk, dime to'.

—Na', papá, aquí que hablé con Gabriel, Wilber, Erick y Ariel para ir pa' la zona hoy. ¿Te apuntas?

—Mmmmm. ¿A qué hora?

—¡Cómo que a qué hora, maldito loco? Tú sabe' que nosotros salimo' después de la' doce de la noche.

"Tengo mucho que no me divierto, me lo merezco", pienso.

—Tató, ¿en la casa del Gabo nos encontramos?

—Clarinete, mi loco, además' te conviene porque irá tú sabes quién.

—Oye eso, ¿tú crees que cuando salgo, es para las mujeres?

—Sé que no, pero tienes que disfrutar tu juventud, loco, tú no puedes pensar así siempre, en la depre', solo, como si te hediera la vida. ¿Recuerdas lo que me dijiste sobre las liebres?

—Sí. Si las liebres son cojas, los monstruos de gilgas serán los reyes.

—Exacto. Hablamo', papá, que tengo que hacer un videojuego.

—Está bien.

Sentado en mi escritorio, ya quedándome siete minutos para irme de mi trabajo para terminar por hoy, abro el navegador y coloco en la url: google.com.do, y pongo lo siguiente:

"¿En Inglaterra hay más personas blancas, que de color?"

Sí, sé qué están pensando, lo puse para así ver el muestreo de las personas de color y blancas, y saber cuáles predominan más para asegurarme de que esa tal Alondra, no me haya dicho mentiras. No puedo creer cómo soy tan insensato de perder su número telefónico. Tiene buen cuerpo, no obstante, no es para tanto; de qué vale la harina, si no hay aceite; de qué vale el cuerpo, si no hay alma; de qué vale el dinero, si no hay valor. Cosas así me hacen pensar de forma estrambótica la existencia tan relevante del ser humano dentro de este universo, y en este planeta.

Sigo concentrado en mi monitor, cuando siento pasos detrás de mí y, cuando volteo la mirada, llego a contemplar a una chica con pelo negro, alta, con tacones, culona, caminando prontamente a la puerta de salida de la oficina principal de los empleados. No logro ver su rostro dado que está caminando a modo contrario de mí, y estoy sentado aún.

—¡Oye! —le grito.

No reacciona, sino que abre la puerta; se detiene por tres segundos, mientras la sostiene, dobla un poco su efigie, haciendo notar un poco su boca y, sonrío, y sigue caminando, dejando cerrar la puerta.

—¡Oh! Ella cree que porque tiene un chin de culo, hay que lamberle. ¿Qué e' lo que ella se cree? Yo también 'toy bueno.

Me enfada la gente que tiene narcisismo, ¿cuál es la necesidad? Todos somos únicos, y no necesitamos reemplazos; no somos mejores que

otros. Alguien no es mejor que alguien.

Antes de regresar a la ergonomía anterior en la que estaba adherida mi anatomía, me percaté del número uno que se acaba de formar por algunos papeles envueltos; creo que son los que utilizan los empleados para lanzarlos al zafacón después de que no sirven para una información venidera. Mi cerebro reacciona y, lo anota en el diario. ¡Ya son cuatro números! Empero, se repiten los números, no sé por qué. "¿Tengo que intercambiarlos o qué?", es lo primero que me llega al órgano más protegido de todo el cuerpo.

0101

Evidentemente estas cifras no son para la lotería, tal vez sea parte de un meta-mensaje, lástima que no sé sobre esteganografía. Se repiten recíprocamente. Esto no tiene sentido, no sé para qué los utilizaré si no son coherentes. Apuntaré cualquier número que me aparezca, porque a la verdad, de vivir en la incertidumbre como antes, prefiero la motivación sobre la lujuria.

—Es hora de ir a casa —me digo, recostando mi espalda de la silla, sin haber alguna persona en el despacho.

Arreglo mi posición de empleado, repongo todo lo descompuesto en el escritorio y, me paro de la silla. Me inclino al monitor, controlo mi ratón hasta el menú Inicio, luego, clic izquierdo y presiono la opción "Apagar". Sonrío, tomo mi saco que estaba encima de mi silla, me lo adhiero a mí; y, en un inhalar y exhalar de nariz, Natacha entra con el jefe, en una completa guerra de quién se quita el uniforme primero. Pegados están sus labios, podría decir que es un asco, empero, no puedo culparlos por mi voto a ser un eunuco. Me escondo rápidamente en el escritorio del Sr. Recóndito, que se encuentra al lado del mío.

—Mira cómo me pones a esto —le dice mi jefe a Natacha, dejándose desabrochar los botones de su camisa.

—Estamos por esto desde hace mucho, Carlos. —Natacha le quita la camisa, pone su mano izquierda en el pecho de Carlos, lo tienta aproximándose a su boca y, después, retirándose de ésta.

—Con que jugando sucio, ¿no?

—Tú me enseñaste eso —le informa, poniendo su mano derecha sobre la cremallera del pantalón de Carlos, haciendo movimientos de abajo hacia

arriba, acariciando su aparato reproductor.

"¿Entonces esto es porno en vivo?", me lamento.

—Qué tal si te amenazo con números —le sugiere Natacha.

—¿Ajá? Tus probabilidades de salir de aquí se vuelven cero.

—Y el que me hace el toto palpar es solamente uno, que es usted —le aclara la loca esa.

Las líneas del escritorio del Sr. Recóndito me convirtieron en soslayo, la dicha es que no puedo ver bien, así no padezco de momento de hipertensión arterial o de voyeurismo.

Los zapatos de Carlos vuelan, los sostenes de Natacha se aprovechan y caen encima de la cara de Carlos, la besuquea y pone sus dos manos en las dos tetas de Natacha. Las lame, y saca un efímero gemido visceral:

—Te lo quiero meter.

No me sorprende, "campeón", cinco minutos ahí y aún no ha concretado el sexo coital, yo no resistiría mucho. ¡¡Eres mi ídolo!! Natacha se arrodilla en una posición de noventa grados, mientras que Carlos se vuelve a poner sobre sus pies; ella quita la correa, y baja la cremallera; abre los ojos más de la cuenta, sorprendida, como si viera por vez primera un Diglett.

—Lo tienes súper grande —le comenta Natacha, mordiendo sus labios, y sobando el calzoncillo de Carlos con su mano derecha.

Lo aprieta y, saca una sonrisa.

En estos momentos quisiera desviar la mirada a otra parte, pero el ser humano es tan masoquista, que sabe que le asusta las películas de terror, pero aún así sigue en la sala del cine.

Saca el güebo de Carlos, y coloca su fauce en éste. Inicia una felación merecedora de un mardito aplauso. Pero qué arte, qué cosa, qué caraoque. Aplausos para esta succionadora de hijos. No lo sé, pero quisiera ser Carlos ahora mismo. Carlos coloca sus dos manos en la cabeza de Natacha, y la aprieta para adentro, haciendo alusión de esos apretones que dan los actores porno cuando se lo están mamando. Veo que la pobre se rinde, porque la noto sin aire. Pobrecita.

Esto no es posible, es una broma. "¿Estoy teniendo una erección!", pienso, indignado, pero a la vez cachondo.

Natacha demuestra sus habilidades con las manos, con la lengua y con la boca, o sea, que en verdad es graduada de secretaria ejecutiva. Aquí les mencionaré algunas funciones de cualquier secretaria, en cualquier empresa.

1. Manejar información estrictamente confidencial, en cuanto concierne a su jefe o encargado.

Y créanme, que con esta felación, está tragando y chupando demasiada "información".

2. Atender visitas.

Andrés no la ha visitado aún, pero sé que en medio de estos veintiocho días él lo hará.

3. Archivar documentos.

Este secreto quedará entre Natacha, Nancy y Carlos... bueno, conmigo también.

4. Percatarse de la tramitación de expedientes.

Para ser un/a buen/a secretario/a, debe haber participación activa en los expedientes que entran y salen de una oficina, tanto de Recursos Humanos, como de Administración. No sé por qué dije esta última si no aporta nada con el acto majatibo que ocurre en este preciso momento.

Esto y más hace el papel de un secretario o secretaria en una empresa; no digo más porque tengo que concentrarme en cada posición que están haciendo. Creo que la actual es el misionero, es decir, él encima de ella y ella en línea recta, acostada.

Se escuchan pasos desde afuera del despacho principal, esto hace que ambos se asusten, y corran hacia el baño de hombres. Pero miren quién es, no es más que el conserje Plácido, creo que me salvó la campana, ¡gracias por haber venido!

—Pero ven acá, hay un bajo como a ñema —saca al aire Plácido, sosteniendo su escoba de caoba.

Emil, detente, no te rías. ¡Cómo que un bajo a ñema? Aguanto la risa tapándome la boca. Él continúa derecho, y me pasa por el lado como si no existiera, aunque claro, estoy escondido; si quiero que me encuentre, debo salir, ¿no?

Ya que Plácido se fue y, aquellos dos tortolos están singando en el baño, es hora de culminar con mi paciencia e irme de este lugar. Hoy me

llamarán el "Aguanta gorro". Es una buena etiqueta para un adolescente temprano.

No me cuestiono por qué seguí allí después de todo; estoy divisando la calle Cero con Cero. No es lo mismo luchar por venganza, que por una causa; es una pena que el ser humano mismo se centre en la ira cuando la riqueza de la tranquilidad está presente. Estoy buscando la respuesta a esa frase que acabo de inventar, ya que de por sí no tiene peso alguno si no hay responsabilidad.

—Hoy no hubieron números ni alusiones a éstos, creo que es mejor establecerme donde siempre.

"¿Qué no hubieron números", pienso detenidamente. Creo que en la conversación ferozmente de Natacha y Carlos, llegué a escuchar un cero y un uno, si no me equivoco.

¡Efectivamente!! Lo recuerdo tácitamente. Apunto los números cero y uno, en mi libreta. "¿Faltan más?", sigo pensando. ¡Sí! Mi memoria a largo plazo está trabajando perfectamente. La calle Cero con Cero da alusión a dos ceros repetidos. Tengo que apuntarlos también. Abro mi libreta y anoto los números ya antes mencionados, en su orden correspondiente.

01010100

Son ocho cifras de números en total. Quiero descifrar qué me quiere dejar dicho. Cierro mi libreta y me dirijo a mi domicilio. Me quito toda prenda que se haya adherido a mi piel, también, sin más prisa, quito los zapatos de las palmas de mis pies; no obstante, subo la cabeza, y se queda flechada mi mirada en el reflejo del espejo.

Suena mi celular.

—¿Emil? —me pregunta una chica de la cual no reconozco su voz.

—¿Ajá?, ¿quién me habla? —le respondo.

—¿Cómo que quién te habla, ¡estúpido!? Soy yo, Denise.

—¡Ah! —me sorprende, y sigo con la conversación—, Denise, "esa" Denise.

—¿Acaso tienes otra amiga que se llame así?

—No, no, tranquila. Qué pasa.

—Sal, estoy afuera de tu casa, salgamos.

—¿Qué! Vine ahora mismo de mi trabajo; lo que tengas que decirme, dímelo ahora.

—Sal, te dije —me contesta, con un tono muy agresivo.

Cuelgo, termino de volver a ponerme los zapatos, y me aproximo a mi puerta. La abro.

—¿Qué quieres? —le pregunto, notando que está despalda, con su celular en la mano.

—Ven, cierra la puerta.

—Estoy cansado, Denise, dime qué diablos quieres.

—Qué me sigas, y punto. Sólo cierra la boca.

—¿Me regalarás un helado de fresa?

—Tú únicamente sígueme.

Siguiéndola, a no sé dónde, noto y me rio, de que ella trata de estar a la par conmigo, ya que camino muy rápido.

—Coño, loco, camina al'paso.

—Yo siempre camino así, así que acostúmbrate.

—Ya me falta el aire —dice, agarrándose de mi mano izquierda.

Se sostiene de mi brazo izquierdo, entrelaza sus dedos con los míos y, de un tris, se voltea, y me dice:

—Quiero presentarte a una amiga.

—¿Para eso fue que me trajiste aquí, no era más fácil decírmelo en mi casa?

—Es que casi no sales, eres todo un antisocial, Emil.

—Asocial, mejor dicho —le confirmo.

—En fin, quiero que vayas conmigo; es un burdel.

—¿Qué! Espera, ¡qué? ¿Casa Teresita?

—Sí —asienta con la cabeza.

—No, ¿tú me ves cara a mí de ir a lugares de esos?

—No, pero quiero que la conozcas.

—O sea, ¿tu amiga es una prostituta?

—Me debes un favor, Sebastián, así que no me falles.

Me quedo paralizado mediante tal proposición. No sé cómo reaccionar. Es cierto que le debo un favor, ¿pero es correcto pagárselo yendo a ese lugar? ¿No es mejor hacer otra cosa que sí pueda beneficiarle?

—Está bien —me entrego a su manifiesto, como todo estúpido.

—Te acompañaré a tu casa, nos iremos a las doce de la noche.

—¿Es hoy? Denise, deja el juego.

—Sí, es hoy. Y te callas —me amenaza.

2 horas más tarde...

Estamos en mi recámara, yo sentado frente a mi laptop, y Denise chateando por su celular. Pongo la música del ex-grupo kpop (mi favorito) Fiestar, You're Pitiful, en YouTube, a lo que Denise dice:

—Faltan treinta minutos para irnos. —Coloca sus manos cruzadas, en mi pecho, estando detrás de mí.

—Estoy ampliando una novela corta que estoy escribiendo, Denise.

Me voltea la cara, y coloca su dedo índice debajo de mi barbilla, dejando su dedo pulgar encima de ésta. Me mira, sonriendo levemente; ella siendo ecologista, me planta un beso.

—Quiero mamártelo —me dice después de tal acto visceral.

Se agacha a mi pantalón, en postura de noventa grados, desabrochando mi cremallera. Quita velozmente mi bóxer y, sin más preámbulos, mete su boca en mi güebo.

—Hey —me apresuro, ya que estoy muy excitado—, falta media hora para irnos, mejor para —le digo, estúpidamente, viendo cómo mi glande crece cada vez más, y se torna más rosado.

Se retira del acto, y me dice:

—Tranquilo, Comillas, tenía mucho sin saborear tu ñema.

Pasa diez minutos, y termina.

—Qué raro, aún no te has venido. No estás en esto, no estás concentrado, ¿en quién piensas? —me cuestiona.

—No, estoy en esto, sólo que sabes que duro mucho para venirme.

—Tal vez padezcas de eyaculación retardada.

—No, no padezco de esa patología orgásmica.

—¿Seguro? Tengo mucho mamando, y aún no has eyaculado.

—Faltan veinte minutos para irnos, pon tu toto en la cama y verás que sí eyacularé.

—No —se niega prontamente—, únicamente quería mamártelo; me encanta el sabor de tu pene, eres muy higiénico y sano.

—Gracias —le agradezco por el cumplido.

—Bañémonos juntos, voy después de ti —me sugiere, después de ponerse de pie.

—Está bien.

Nos dirigimos, desnudos, al remojón, antes de entrar a la tina, me interpela:

—Aún sigue erecto, ¿en quién piensas?

—En nadie, Denise —le digo, poniendo una cara de fastidio—, ¿qué?, ¿no puedo tenerlo erecto sin pensar en un chico o en una chica?

—Uy —interjecciona—, ¿eres bisexual?

—No —me niego—, ¡no! Solamente admito que hay tipos que se ven bien, es todo, pero nada más. Y me refiero al hecho de que porque mi pene

esté erecto, no esté pensando en alguien en específico.

Entramos, y abro la llave de la tina, para que salga el agua. Al notar, tácitamente, cómo salpica el agua en la piel de Denise, me llega, en un santiamén, una sensación de que me están observando.

—¿Qué pasa? —me cuestiona ella, enjabonándose.

—Siento como que hay alguien dentro de la casa.

—Eso es imposible, Emil, estás estresado y cansado, ven, te lavaré la piel.

Lo que nos tapa la desnudez es la cortina del baño; dejamos la puerta del baño abierta. Noto una sombra, de lo que viene siendo una mujer, en la puerta del baño.

—¿Ves eso? —le pregunto a Denise, asustado.

—¿El qué? —voltea a donde le dirigí su cuerpo.

—En la puerta, ¿no ves a una mujer?

—Emil, la cortina es color rojo intenso, ¿cómo puedo notar a una mujer en la puerta del baño? De verdad que estás cansado.

Pone sus dos manos en mi cara, y me cierra los ojos. Siento cómo se acerca lentamente a mí, dejando recostar su pecho en mi pecho, de frente. Siento sus tetas suaves y mojadas, mientras cae el agua en nuestra anatomía. Me besa, coloca mis manos en su culo. Me está besando con el alma, abro un poco mis ojos y veo que tiene los suyos cerrados, y con una sonrisa leve. Cierro los míos por si me pilla desprevenidamente, va y piensa como antes, que no estoy en mi lugar o que no disfruto de ella.

Culminamos de besarnos y de bañarnos. Nos secamos, salimos de la ducha. Veo cómo se coloca su braga de tez morada y, luego, su sostén de color amarillo. Me visto por igual; al parecer ya estamos listos para irnos a nuestro lugar de pasión. Denise es esa típica chica blanca, alta, flaca, con una actitud colérica, es un poco bohemía, me encanta su personalidad; tiene ojos negros claros, tiene un tipo de vagina mariposa, ama tener las uñas cortas, detesta correr, odia las tardes. Es un poco normal en una adulta emergente, la mayoría de los adultos emergentes transpiran ciertos sentimientos; si te vas de casa, el síndrome del nido vacío estará presente.

Llegamos a Casa Teresita, un burdel muy conocido en el Ensanche la Fe, calle Arturo Logroño con Ortega & Gasset. Nunca había entrado a una

mancebía antes, es mi vez primera. Denise y yo nos aproximamos a las barras, donde hay una mujer de bartender, chiquita, morena, en su sonrisa se le forma un hoyuelo significativo. Parece inocente y dulce.

—Dame un Vodka 38, con hojas de menta, por favor, Yineiry —le pide Denise a la que al parecer es la bartender.

—¿Y para el niño? —le devuelve la bartender pitufina.

—Pide, Emil.

—Dame un receptáculo de agua fría, por favor.

—¿Y e'te mamagüebo? —exclama Yineiry—, habla en Español, niño.

—Es escritor, Yineiry, tranquila, él dijo que le trajera un vaso con agua —me defiende mi querida Denise.

—Yo no mamo güebo —aclaro—, yo mamo toto.

—Se llama Yineiry Montero, tiene veinticinco años, sus padres la abandonaron cuando pequeña; es una de las fundadoras y primeras trabajadoras de este burdel. Si te metes con ella, te metes con todas, así que tranquilo. Sólo háblale en términos dominicanos, así te entenderá —me sugiere mi amiga con derecho, aunque es zurda, Denise.

—Está bien, aunque me parece raro que no me hayan pedido la cédula.

—Andas conmigo, y si andas conmigo, no te pedirán nada —me habla en tono chantajista.

—Chicos, aquí está lo que me pidieron: un Vodka 38 para ti, Denise; y, un vaso de agua para el niño —dice Yineiry, con los pedidos en la mano.

—Yineiry, apúntalo a la cuenta de Güinni.

—Está bien. —Se da vuelta, y toma, al parecer, un cuaderno con la lista de personas que toman prestado en el burdel.

—¿Güinni? Me suena familiar ese nombre —le digo a Denise.

—Sí, es mi mejor amiga, Güinni, así le llamamos únicamente las que somos de su confianza.

—Bueno, por lo que escucho tanto de esa tal Güinni, es famosa, ¿es una

prostituta de aquí o qué?

—Me da risa este lugar, tantos hombres vienen solamente a llenarse los ojos. Son cinco mil pesos por una noche con estas diosas, pero me apena que sólo sea placer, como si fuera lo único —saca al aire una mujer blanca, con pelo negro, con una anatomía física poderosa, con zapatillas color marrón, una blusa rosada y una falda corta negra.

—¿Tú eres...? —le pregunto irónicamente.

—Hola, Kilci, él es mi amigo Emil Cerda, el escritor del que te hablé. Emil, ella es Kilci Betancourt; Kilci, él es Emil —le dice Denise a Kilci, y nos presenta el uno al otro.

—Sí, sé quién es él ya —afirma Kilci, dejando mi mano en el aire, no saludándome.

—Ella es así, Emil, un poco antipática.

—No me interesa —le respondo a Denise, bajando mi mano a su posición inicial.

—Denise, ¿acaso no sabes que traer niños aquí está prohibido? —le pregunta Kilci a Denise, refiriéndose a mi persona.

—¿Y acaso no sabes que no tiene nada de importancia que una mujer soltera venga a un burdel, Kilci? —le responde a Kilci una mujer alta, con pelo rizo, rubia, con anteojos, en tacos, con labios carmesí y lencería pronunciada.

Se enoja Kilci, y le responde:

—Nadie te mandó a opinar, Letty Pérez.

Letty Pérez es una de las prostitutas más pagadas del burdel, amiga de Denise, Yineiry, Güinni y de Kilci. Cobra diez mil la noche; es muy cotizada y famosa. Siempre calza de tacos, es una mujer alta y con palabras chocantes; ama los gatos, lee libros de superación personal, digo, personal; sonrío constantemente, y es muy astuta.

Ponen la canción de Patogéa, de Sígoura. Es una excelente canción para un lupanar, en verdad pensaba que era un Drink, porque un burdel, con canciones de ese tipo, no lo aparenta.

—¿Y ella, dónde está? —le cuestiona Kilci a Denise.

—Todavía no ha llegado, hoy tal vez venga a la media madrugada, como

siempre.

—Me tiene harta, sinceramente que me fastidia cómo se está comportando.

—Sé que ella te gusta —le dice Denise a Kilci.

—¡Qué? ¡Ni loca que yo fuera!! Me gustan mucho los hombres —se defiende Kilci.

—Ajá, cómo digas —duda Letty, tomando un vaso de martini espeso que había colocado Yineiry, sobre las barras.

—¿Ahora se pondrán a cuestionar la vida sexual de mi amada? —pregunta una chica de la cual me es familiar su voz dulce, parecida a la de una leona.

Retrocedo mi vista, y está aquella chica de cual mi mente habla aún en los valles del olvido. Está abrazando a Kilci, por su espalda hasta llegar a su pecho y tomar sus dos senos de gelatina, recostando su cara en el hombro izquierdo de ella. No me mira en ningún momento, es como si yo no existiera.

—Divirtámonos, Emil —me propone la hermosa Denise, al notar que ya todas se fueron a la pista de baile, excepto Kilci, que al parecer siempre se queda conforme en su asiento.

—Chao, Rubio —me dice Kilci, diciéndome un adiós en forma de ademán.

Se pone de rumba el burdel, mujeres bailando por doquier y el típico Don Nadie sacudiendo su cadera en el culo de una fémina que a penas la tacha de friend. ¿Coincidencia? No lo sé, ni lo quiero saber.

Las constelaciones de aquel lugar chocaban con las auroras que se apellidaban cosmos. No puedo dejar de pensar en Güinni, su baile era unísono con el de Denise y Letty. De pronto, veo cómo se adentra a la danza la amada Kilci y también Yineiry. Yineiry suelta su pelo color castaño, con un vestido amarillo muy adherido a su piel, y se le nota su culo pronunciado; inicia a bailar a la par de todas sus colegas, a lo que se une Kilci, cerrando los ojos y dejando caer sus brazos en los hombros de Güinni.

"La bisexualidad hoy me sirve como trocha para acariciar algunos monte de venus", pienso, al verlas bailando cada estribillo de la música. Yineiry toma de la mano a Letty para danzar junto a ésta, Kilci está muy de cerca de Güinni y Denise me baila pegado, poniendo mis manos en su culo. Todo parecía perfecto, hasta que veo que Güinni y Kilci se salen de la pista de baile, también Yineiry y Letty. Denise se relaja y se va con ellas,

a lo que me deja dicho:

—Ven, Emil —me dice Denise, indicándome con su mano izquierda de que le siga.

Nos adentramos mucho más a los aposentos de dicho lugar; Yineiry y Letty entran en la misma recamara que entraron Kilci y Güinni. Denise, antes de que yo entre, me vuelve a decir:

—Déjate llevar —me sugiere, guiñándome el ojo.

Entro junto con ellas, y veo la habitación bastante amplia, con luces rojas, sábana de color negra (la que cubre la cama), la primera sábana de color roja, también dos espejos paralelos a su vista, un tocadiscos que hace sonar la canción de Frank Sinatra, *That's life*; también, un armario ganador de bragas, es decir, repleto de bragas de todo; en uno de los espejos, hay un mensaje que al parecer fue escrito con una barra de labios de color negro, con las siguientes dicciones: "Te observo".

Kilci se sienta junto a Güinni y, sin ningún aviso, le quita su blunt de sus labios; Yineiry baila, muy alegre, con Letty; y Denise, acostada en la cama, en forma vertical, mirando el techo y, dejando cerrar sus pupilas, se le sale una flatulencia.

—¡¡Ja, ja, ja, ja, ja!! ¡El diablo, mi loca! ¿Qué fue lo que te comiste! —exclama Yineiry, dejándose llevar por uno de los efectos secundarios del alcohol, llamado "sonrisa excesiva".

—Pobrecita, se dejó coger de un niño, ahora tiene el síndrome del nido vacío —dice Güinni.

—Alondra —le llama Kilci por su nombre real, a Güinni—, no digas términos muy complicados, sabemos que eres escritora, pero no nos interesa, ¿ok?

—No seas cruel —misericordiosa como siempre, Letty—, he leído algunos poemas de Alondra y son bastantes buenos.

Yo aún me mantengo en silencio, no quiero interrumpir a estas diosas en pleno simposio espiritual. Si interrumpo tal vez me saquen, y a la verdad, prefiero ser un borrador que sostenga el borrante para borrar. "¿Güinni es escritora? ¡Vaya, qué noticia!", pienso, al saber este nuevo comunicado.

—No tan solo escribe esta puta cotizada —deja dicho Kilci—, sino que

también, según he sabido por mi propia cuenta, tiene treinta talentos.

—Ah, sí —afirma Letty y Yineiry unísonamente.

—A ver, Güinni, háganos como James Bond como aquella vez, please —le pide Denise, aún en el tálamo.

—Está bien, chicas —se deja persuadir y sucumbe a su solicitud la queridísima Alondra García.

Se apaga el bombillo de la habitación repentinamente, y, sin más preámbulos, inicia la actuación.

—«Supongo que cuando se es joven parece muy fácil distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Cuando uno se hace mayor, resulta más difícil. Los villanos y los héroes se confunden» —nos sorprende Alondra, con su voz muy peculiar a la del personaje James Bond.

—¡Estoy muy sorprendida, mi loca! —dice Yineiry, boquiabierta.

—¡¡Eres el mismísimo Bond... James Bond!! —se admira Letty, haciendo el ademán de un arma de fuego con sus manos, moviéndose de un side a otro.

—Eres una prodigio —le dice Kilci a Alondra, aplaudiendo varias veces.

—Qué mierda —es lo único que me sale por el momento, a lo que todas me miran con total desprecio.

—Niño —me dice Kilci—, ¿quién te invitó, buen mamagüebo? ¿Eh?

—Cálmate, Kilci —le insta Denise.

—Es que no, él tiene que disculparse con Alondra, ¿y e'te mamagüebo, quién lo invitó? —sigue molesta Kilci hacia mi persona, a lo que añade—: Mira, si no quieres que te saque todos tus intestinos, y también, lentamente, quieres que te apriete los dos granos que tú tiene' allá abajo, mejor lárgate, maldito bizco.

—Quién... —le pregunto sin terminar la frase.

—Yo misma... —me dice Kilci, aunque la interrumpo bestialmente.

—Te preguntó —ahora sí termino la frase.

Me mira sulfurada, hace bruxismo y se lanza a mí, a lo que las otras chicas la detienen, y se escucha una sonrisa característica, al fondo de las quejas de Kilci. Es Alondra García quien se está riendo. No para, continúa

una y otra vez; es como si algo la impulsara, un reforzador positivo para que aumente dicha conducta. Según el libro de Modificación de la Conducta, de Garry Martín, la Operación de Establecimiento de la Motivación Condicionada, aumenta el valor del reforzador discriminativo y también aumenta la probabilidad de la conducta.

—Con que eres tú eres "La Promesa de la literatura Dominicana del siglo XXI", mucho gusto —me dice, no parando de reír.

—No sigas —le dice Kilci a Alondra—, tu sonrisa es demasiada contagiosa.

—Alondra, detente —le ordena, Yineiry.

Todas, incluso Denise, no paran de reírse. Yo, mirándolas, me uní a su comunicación no verbal.

—Me encantas —le dice Letty a Yineiry, lanzándose do Yineiry, besándola.

Kilci, Alondra y Denise, se quedan mirándolas, a lo que Denise besa a Alondra sin ningún aviso. Kilci, se une a ellas dos. Yo, como todo joven en su etapa de la pubertad, aprovechando la inocencia de mi fisiología, pues se me erecta el pene.

Se me aloca la psiquis al notar a Yineiry deborando a Letty, y mamándole el toto. Los gemidos en esta recamara son parecidos al vágido de un bebé. Lo digo por mí, no por ellas. De pronto, me miran como si yo tenía algo que ver con lo sucedido; "isoy inocente!", grité dentro de mí. Me llamaron con sus señas de que vaya a la cama. Hoy... puedo decir... que... me he hecho... un hombre.

Marzo 20, 2016

Alondra y yo nos hicimos muy buenos amigos, tanto así que los tríos no eran tríos, eran un "yo, tú y una vida juntos". La estalqueé por Instagram, e inicié a ver qué poses ponía para las fotos. No, pero sin mofa alguna: vamos a cada club, me cuenta de sus cosas personales, me invita a su casa de vez en cuando, la cual queda en la calle Francisco Villaespesa con la calle Virgil Díaz; también, vamos algunas veces al supermercado. Nuestra amistad y cercanía se estaban vinculando más de lo normal; desde que yo salía de La Perito, iba a verla; añadiendo, que como Alondra tenía treinta talentos, era muy difícil saberlo todos de la noche a la mañana. Este domingo fui a La Perito porque había una reunión y clases especiales con mis compañeros de clase.

Casa de Alondra García, calle Francisco Villaespesa, esquina Virgil Díaz.

3: 00 P. M.

Estoy casi llegando a la casa de Alondra, tal vez hoy jugaremos parchís, peleada de almohadas, ella me recitará algunos de sus poemas o, sin pensarlo, me dirá más talentos de los que alberga, solamente me ha dicho veinte ocho.

Amo el Ensanche la Fe, es un barrio bastante tranquilo, que ha tenido peleas con Villa Juana y Cristo Rey, y que la gente del Ensanche Kennedy no quiere admitir que el Ensanche Kennedy pertenece al Ensanche la Fe. En fin, ya doblé y ahora voy rumbo a Alondra. Entonces, algo me detiene de pronto, de golpe, no puedo moverme; la calle está vacía, y escucho gritos desde alguna casa cercana a la vivienda de Alondra.

—Muchacha de la porra, tú me tiene' harta to' lo mardito día' con lo mi'mo, ¿tú no te cansa', eh? —a penas es lo que alcanzo a oír de una señora que al parecer está bastante sulfurada.

Pero qué diablos. Estoy viendo cómo dicha señora está arrastrando a Alondra por el piso, tomando como muletilla el pelo de ésta. La trata como si fuera un adorno sin alguna relevancia en la anatomía de Alondra.

Empero, yo, de idiota, me quedo donde estoy; aunque, como dije previamente, no puedo moverme para nada. Se escucha de voz off a la señora, y lo único en que se enfocan mis pupilas es en la sonrisa que tiene Alondra, mientras la arrastra la señora. La lleva a la acera, y le pisa una y otra vez la cabeza, haciendo que el oído externo de Alondra, principalmente el pabellón, brote de éste, sangre.

Alondra sonrío, mientras su cabeza se llena de hemoglobina, me mira, y con los labios de su boca me dice algunas palabras que equivaldrían a: "Te observo". Creo que eso fue lo que me quiso transmitir. Con mi bulto del politécnico adherido a mi dorso, cansado por la vitamina D que me ofrece el sol y las malas palabras de la señora "troncha toros", que se escuchaban en dicho entorno, me hicieron divagar en un sentimiento gemebundo absolutamente empírico a lo que se llama: mecanismo de defensa de la vida. Termina el pleito, y Alondra se aproxima a mí, creo que al parecer notó que no podía moverme.

—¿Estás bien, Emil?

—¡Eso te pregunto yo a ti, mi loca!

—¿Yo? He tenido cosas peores —responde, haciendo gesto de satisfacción.

—Pero estás cubierta de sangre.

—Sí, tranquilo; oye, mírame —me dice, luego pone sus manos en mis hombros, me mira fijamente buscando así mi rostro que se había deleitado con el pavimento.

—Dime.

—No volverá a pasar, ¿sí?

—Con que me lo prometas no basta, ¿quién era esa señora?

—Mi madrastra.

—¡Y por qué diablos ella te hace eso, está loca o qué?

—Es una larga historia, y como tengo poco tiempo, no puedo decirte.

—¿Cómo que "poco tiempo"? ¿de qué hablas?, ¿estás enferma?

—Emil... —dice mi etiqueta, y toma una pausa de cinco segundos.

—¿Ajá?

—Moriré pronto.

—¿De qué hablas? A mí háblame claro.

—Ven —me dice que la acompañe a lo que es su aposento.

Veo a una morena sentada en el tálamo de Alondra.

—Ella es Camil; Camil, él es Emil, el escritor del que te hablé.

—Mucho gusto —se presenta, se pone de pie, me da tres besos: dos en las mejillas, y uno en la boca.

—Vaya sorpresa —le respondo ante tal acción—. No me habías hablado sobre esta chica de color, Alondra.

—Es que el chef —comenta con alegría— siempre guarda el mejor plato para lo más importante.

—¿Son amigas, desde cuándo se conocen? —pregunto, al nunca haberla

visto en la casa o junto a Alondra.

Me empujan a la cama, y Camil se lanza a mí como un tigre salvaje, queriendo devorarme. Hace que le toque las tetas, y que le arranque en pedazos, la blusa que tenía. Le mamo los pezones como cuando chupo fresas; unos pezones color café, y las tetas más bronceadas y marrones... perfectas que nunca había presenciado anteriormente. Alondra, mejor conocida como Güinni, le baja la falda corta a Camil, y le toca prontamente su vulva. La toca varias veces en el Punto U, conocido como el punto que está entre el clítoris y el meato uretral; empero, noto en Güinni que sus ojos son rojos, y que ésta está sonriendo alocadamente. A veces me asusto cuando hace eso, pero estoy tan acostumbrado a tener sexo con ella, que ya no lo hago a menudo como al principio.

—Emil —grita Camil, al estar demasiada excita, y mojada.

—¿De quién es ese toto, mami? —le pregunta Alondra a Camil, tocándola velozmente, sin detenerse ni un instante.

—Tuya.

—¡De quién, maldita perra? —le exclama Alondra.

—Tuya, mami —le aclara Camil.

Camil me lo mama y Alondra se lo mama a ella, despalda; parecíamos como una galleta dino de fresa con chocolate. Es jocosos, pero es verdad. Ahora Camil se me sube encima, y sube y baja en mi pene, como si hiciera cucullas. Alondra, se coloca encima de mi boca, poniéndose de frente a Camil, haciendo chocar los grandes senos de ella con los de Camil, besándose también con ella. Es una posición perfecta, porque se lo mamo a Alondra, y se lo meto a Camil al mismo tiempo.

—Nada mal, nada mal, "Promesa de la literatura dominicana del siglo XXI" —exclama Alondra, mientras ve que acelero la metida y entrada de mi pene en la panocha de su amiga.

—Ay, ay, ¡¡Dios mío!! —exclama sin parar, Camil.

—Sí, mami, sigue, maldita perra —le dice Alondra, aplicando bruxismo, dándole bofetones a la cara de Camil.

Camil me hacía "comomordán" en el pene, y me sentía sumamente placentero. Alondra, cambia de turno y hace que la penetre. Se veía cómo el culo bronceado de Camil chocaba con mi pelvis, mientras que la diosa

de Alondra la mira y la devora, sonriendo. Los labios rosados y las uñas extremadamente hermosas.

Minutos después, sentado yo, viendo cómo se devoran, fumando un Pall Mall, me dicen que quieren su leche. Me aproximo a ambas, y ambas, hincadas, me lo maman; una novela corta con marca, es novemarca. Alondra besa mi prepucio. perpendicular a la boca de Camil. que lame mi güebo y mi ñema. Yo, mirando abajo, las grabo con mi dispositivo Samsung en mis manos. Llego al clímax y es extenso, espeso y expreso que nunca había visto antes cómo sale tanta leche de mi güebo. Las baño a ambas con mi semen, cada gota cae al pavimento.

—Perdonen, chicas, primera vez que estoy contento —digo.

—Te observamos, Emil.

Ambas se bañan conmigo, luego retornamos al cuarto. Camil prepara sus cachivaches, se despide y se va del domicilio de Alondra.

—¿Sabes por qué hago esto? —me pregunta, al notar que Camil nos abandona.

—No, ¿a qué te refieres?

—A estar contigo, a amarte siendo yo una prostituta; a hacer que experimentes cosas que están fuera de tu órbita. Moriré en dos meses, Sebastián.

—¡Qué? —quedo atónito—. Espera, ¿cómo lo sabes?

—Tranquilo, no es ninguna enfermedad más que la soledad. No vas a entender. ¡Ah, me falta decirte dos talentos míos!

—Sí, aparte de ser escritora y todo eso que me contaste, qué faltaría. Buena técnica para cambiar de tema.

—Bueno, también soy capaz de disfrazarme o aparentar ser alguien más, incluso cambiar la voz.

—¡Ajá? —dudo—, si fuera mi caso, ¿en qué te transformarías, digo, en qué te camuflarías o aparentarías ser o hicieras el papel de...?

—Hay muchas cosas que te gustan, Sebastián, pero sin duda me vestiría de algo que nunca te dieras cuenta.

—¿Cómo qué?

—Bueno... me hiciera pasar por muchas cosas a tu alrededor, de personas específicamente, que no notarías que soy yo... porque... te observo.

—¡Ajá, señorita acosadora? —le manifiesto, lanzándola a la cama, poniéndome encima de ella, haciéndole cosquillas—, aún no me has dicho de qué te disfrazarías, sin que yo me diese cuenta.

—Amas a los indigentes (...).

Tocan la puerta de pronto.

—Alondra, saldré con Kari, cuida la casa.

—Ok, papá —le afirma Alondra a su padre.

Ella pone sus dos manos en mi cabeza, y me dice:

—Eres lo mejor que me ha pasado, Billy Bob Morrison Scott Billy, no importa que seas diez años menor que yo, es bueno saber que un niño de quince puede hacerle el amor a una de veinte cinco.

—Tengo quince, ¿y...? —le digo, haciéndole saber que no me interesa lo antes dicho.

—Ven, te enseñaré algunos de mis poemas.

Se levanta del catre, va a su armario, abre un cajón y saca lo que al parecer es un portafolio subdividido con muchas hojas de maquinillas.

—Ten. —Me da el portafolio.

Reviso los escritos, "¡increíble!", es lo que pienso por ahora. Son poemas bastantes complicados, con una métrica sumamente difícil de analizar.

—¿Y...? —me pregunta, al ver que estoy atónito.

—No sé qué decirte, Alondra... eres una genio. Mira este palíndromo perfecto.

—Sa —hace una interjección barata—, en algunos años harás uno mejor.

—Pero mira esta sextina, Alondra; no todo el mundo puede hacer una sextina tan perfecta y endecasílabo como esta.

—Sa —vuelve a hacerlo—, tú —me señala—, en varios años le harás una a una periodista.

—¿Qué!, ¿haces pacto con Samael o qué? No puedes predecir el futuro.

—¿No?, ¿y cómo sé que te sorprenderás con lo siguiente que leerás?

Leo la siguiente página. ¡¡No puede ser!! Es un rima consonante perfecta en ili. Esta chica es una genio de verdad. Cómo una chica puede albergar tantos talentos a la vez.

—Estoy flipando, en serio.

—¡Ves que puedo predecir el futuro? —me dice, a carcajadas.

—Qué buen chiste.

—Emil, siéntate —veo cómo de repente cambia su rostro, con los ojos rojos (como se le ponen cuando tiene sexo), y noto cómo su ceño se frunce—. Mi padre me violó cuando tenía a penas cuatro años de yo haber venido a la Tierra.

—¿Cómo así a la Tierra? Deja de hablarme en metáforas, Alondra —le sugiero.

—Déjame terminar, Billy Bob. Como seguía diciendo: cuando viene a la Tierra, después de ser excomulgada por mi Padre, pues, vine para ver qué tal; aunque tengo que seguir haciendo otras órdenes por Belial, por ahora.

—¿De qué diablos me estás hablando, Alondra? —le indago, totalmente confundido.

—Déjame terminar, Sebastián —me grita—. Como moriré en dos meses, escucha atentamente a lo que pasará: mis escritos te los enseñaré ahora, empero, solamente te quedarás con algunos poemas que hice, en verdad deseo morir en el anonimato; segundo —continúa, con bastantes ademanes, que, según Ekman, se llama ilustrador—, tendrás hipersexualidad y la misma vida promiscua que yo he tenido, serás adicto al sexo, esa será una de las primeras desventajas de esto...

—Espera... ¿cómo así?

—Comillas, espera, hablas cuando termine —me hace que me calle—. Como seguía diciendo: tendrás una adicción tan fuerte al sexo que no podrás detenerte; también, con el tiempo, tendrás una anhedonia extrema al escribir, hacer actividades que te gustan e incluso, por más irreal que suene, en... tu existencia mísera y significativa. Tercero, serás un genio escritor, es uno de los tantos talentos que te traspasaré, con una

pastilla.

En verdad estoy aturdido y confuso. Está muy seria y sin ninguna sonrisa en su efigie. Tampoco la veo en plan de chantajearme. No sé, esto es preocupante, nunca la había visto de esa forma.

—Escucha —hace énfasis en la siguiente frase y sube el tono de su voz—, escucha bien, Emil Sebastián, no habrá nunca un escritor como tú. Harás récords y cosas extremadamente complejas, cosas parecidas a las mías en cuanto a la literatura se refiera; cuarto, a parte de todos los rechazos de editoriales, radios, periódicos, canales televisivos, periodistas y sitios, que has recibido, al vender ese bestseller y aún a la fecha de hoy, dos mil dieciséis —mira su reloj— a las cinco y cuarenta y cinco de la tarde, no has sido contratado, te será muy difícil, casi imposible —sube de nuevo el tono de voz—, ser contratado por una editorial; esto, por tu malditismo, es una de las desventajas que tendrás al tener los talentos que te transferiré; quinto, el Demonio de la escritura o poesía o, también llamado, Ángel de la escritura o poesía, de quien tuviste su presencia en el dos mil trece, mucho antes de conocerme, sí, es un cuadro esquizofrénico y, también, es uno de los talentos de los cuales, antes, te había dado sin que vos lo supieras; sexto, al tenerlo, indica perfectamente que eres un genio escritor; te podrías deshacer de él yendo a terapia, y ser sanado, o, con el tiempo, siendo tan lastimado por el amor, la desgracia y las malas personas, perder la sensibilidad hermosa de llorar o de inspirarte; a lo contrario de ahora, que tienes la presencia de él y actúas impulsivamente al escribir, llorando, sonriendo alocadamente, parecido a mí cuando tengo sexo; empero, Comillas, él nunca podrá irse de ti, porque sabrás que tienes que tenerlo para poder escribir obras de artes y, admitirás, que es una parte de mí; volverá cada vez que accedas a ser poseído por él, y de no negarte a la abstinencia de sufrir o llorar por las cosas que te hayan hecho daño; séptimo, vas a trabajar para imprimir tus propios libros, los venderás tú mismo, justamente como lo has estado haciendo; no tendrás mucha ayuda, no obstante, por las ayudas que algunas personas te darán y, después, sin aviso alguno, se vayan do ti, dale las gracias y continúa tu camino, no es bueno ser malagradecido y retener lo malo que hayan hecho, si en verdad lo bueno te benefició en cierta parte; octavo, te apareceré en sueños, en ciertos sitios mientras vayas caminando, y no sabrás que soy, eso se te olvidará, porque después que vayamos hoy a la Casa Teresita, y renuncie como prostituta, olvidarás el ochenta por ciento de esta conversación, con excepción de que escribirás una novela de mí en algunos años venideros, y, te sentarás a meditar y recuperar los recuerdos que pasamos vos y yo juntos; noveno, otras de las desventajas de los talentos que te transferiré, es que tu pecado será la soledad, ninguna chica te amará cuando estés en una relación recíproca que aparentemente sea bilateral; el único que sentirá afecto hacia ella serás tú, pero ella no por ti; te será infiel, mentirosa y te utilizará; hablo en singular, pese a todas las novias que tendrás, porque no les serás infiel, eso es lo chistoso de todo; décimo, harás un idioma

ficticio, un videojuego, harás muchos inventos y, lo más hermético, harás que esta sociedad se trastorne; será complicado y casi imposible, que encuentres a una chica que te ame; décimo primero, alterarás la percepción de las personas a tu gusto, justamente como yo lo hago; manipularás la percepción de ellos hacia ti, me explico, harás que una chica egocéntrica y hermosa tenga una percepción de que eres un narcisista y, que como mucho, le harás saber que no le atraes, por el simple hecho de que ella te mire de esa manera aunque no seas así; por lo tanto, manipularás a tu antojo qué personas tendrán una percepción buena o mala de ti, por el hecho de que lo querrás así y lo encontrarás aburrido; nadie sabrá tu verdadera personalidad. Y, para que una chica te enamore, tendrá que persistir, de lo contrario, no llamará tu atención, incluso si es bonita, con dinero o tenga buen físico; décimo segundo, perderás la sensibilidad de llorar, no lo harás por mucho tiempo, Sebastián —me lo dice, acongojada—, empero, no perderás la sensibilidad de amar; décimo tercero, harás ciertos actos malos, por beneficio propio, porque la actual sociedad te presionará a hacerlo; está bien, te sentirás mal, pero conseguirás que te escuchen; y, décimo cuarto, le serás muy atractivo a las chicas, aunque no quieras tener nada con ellas por la depresión mayor que tendrás; esto lo digo porque en verdad para conseguir las cosas te serán difíciles, no las conseguirás fácil como algunos. Ah —exclama—, me faltaba decirte algo: tendrás el pelo largo, tal vez te lo recortes para conseguir trabajo; recibirás premios, tendrás un mánager y mucho éxito. Pero, en cuanto a tu vida literaria y amorosa, siempre será maldita.

—¿En serio piensas suicidarte en dos meses, Alondra? —le cuestiono después de esas premoniciones.

—No puedo morir, pero sí mi ser será separado de mi anatomía. Y no, no me suicidaré, no daré detalles, porque no puedo alterar el futuro. Emil, mira —me dice preocupada—, no te rindas, serás un importante escritor, y obtendrás muchas cosas —me lo comenta, con unas lágrimas saliendo de su retina.

—No te creo, eres muy buena actuando y haciendo bromas, Alondra.

Cuando dije eso, saca en bisbiseos:

—Sabía que no lo creería.

—Parece meramente absurdo, nadie puede saber lo que pasará. Solamente Dios, y tú no eres Dios, no te compares como lo hizo Rousseau con Jesucristo.

—Billy Bob, ayer me acosté con uno que tiene micropene.

—Guao, mi loca, ¿y cómo le hiciste para que se le parara? —le cuestiono, enlazando su mano con la mía.

—Soy yo, Emil, ¿dudas de la habilidad que tengo para levantar muertos? —me informa, tomando mi cabeza, y besando mi frente—. No sé, Sebastián; cuando hablo contigo, Emil, me siento segura de mí misma; y, para tu información, eres el único amigo que albergo. Nunca olvides mi rostro —me dice, mirándome de frente, colocando su dedo mayor e índice, de su mano derecha, llevándoselos a sus pupilas—, moriré pronto.

Me devora, me tira a la cama, e inicia a meter mi pene en su panocha. Le encanta, pero veo que inicia a llorar y que los ojos rojos vuelven.

—Te amo, en serio —me exclama, gimiendo.

Al verla llorar, y con los ojos rojos, me inicia a tomar la duda de que eso no puede ser tan verosímil. "No existen ojos de ese color; los de Alondra son de otro matiz. Y solamente es cuando tiene sexo, esto es sumamente extraño", pienso, mientras la penetro. De pronto, noto en el espejo de Alondra, el número cero. Ella encima de mí, sí, chicos, tuve que arreglar la oración, no se puede agregar un adjetivo posesivo, tiene que ser un pronombre objeto; y, mientras ella hace cuclillas en mi pene, me entra la ignominia de que esto tal vez tiene que ser una burla de Dios hacia mí.

Entro en sí, y, siento cómo mi ñema está sumamente babosa. Estoy sumamente excitado, y mientras más me cabalga, más me dan ganas de venirme en su toto. Pero, no sé, con el único hombre que ella tiene sexo sin condón, es conmigo, ¿por qué?, ¿será que en verdad me ama?, ¿en verdad hoy renunciará a su trabajo?

—Sí, en verdad te amo —me dice, gimiendo, mientras me cabalga—, y sí, renunciaré. Y lo hago, Billy Bob, porque eres el único humano que amo; me encantas, me encanta cómo me lo metes.

Quedo anonadado. "¡Cómo diablos me leyó los pensamientos?", pienso. Esto es hermético y tétrico; Alondra es una caja de sorpresas. ¡Oh, señor del Infierno! Estoy casi que me "vengo".

—Voy a tener un squirt, Emil, me voy a venir.

—Estoy muy excitado, Alondra —le digo, gimiendo, encorbando mis pies, para abajo—. ¡¡Me voy a venir!!

—¡¡Dame esa leche, maldito perro!! Déjala en mi toto.

Me vengo adentro, y, pues, estoy teniendo un ataque de libido. Estoy tan excitado que creo que experimento un multiorgasmo. Alondra tiene sus ojos rojos, y ambos estamos empapados de leche. Ella, repleta de mi semen; y yo, pegajoso con su squirt.

—Te amo —me dice, mientras lleva a su boca sus preciosas manos pintadas de rojo, con mucho semen que había sacado de su cavidad vaginal.

—Ztratil jsem se —le digo a Alondra, en checo.

—Je to správné nástupiště na vlak vídeňském? —me responde.

Yo, sin saber lo que me dijo, le respondo:

—Ne. Kde to jsme?

—Jsme v Praze má láske.

—Mám tě opravdu rád.

—Tú también me gustas, Emil Cerda.

Pasan algunos minutos, y veo que mi reloj me dice que son las seis y cincuenta de la tarde.

—Me tengo que ir, no he llegado a casa aún, tío Ronny me va a matar.

—Él no está en la casa —me responde—, está en una reunión. Tranquilo, vé y retorna, hoy tenemos que ir a Casa Teresita.

—¿Hacer qué para allá, Alondra? Y segundo, cómo rayos sabes lo que él hace, ¿me estás vacilando, cierto? —le cuestiono.

—Tengo que hacer algo.

—Te pregunté algo. Bueno... está bien, retorno aquí a las ocho.

Salgo del domicilio de Alondra, y camino para la calle Mauricio Báez, para así doblar por la Juan Alejandro Ibarra y, luego, doblar a mano derecha por la Alexander Fleming, para así, doblar a mano izquierda a la Ramón Cáceres.

Se me activan las antenas de mi mortalidad, y entonces siento la presencia de un ser que al parecer me está siguiendo. Cuando volteo la mirada, he aquí una niña, de vestido rosado, zapatos negros, sonrisa seca y con un uno trazado en una pequeña porción de papiro, que sostiene con sus manos. Vino a mí el anterior pensamiento de que

mientras singaba con Alondra, miraba su espejo... y que éste tenía el número cero dibujado en él.

—¿Cómo te llamas, chichí? —le cuestiono a la niña, mientras saco de mi mochila un cuaderno a donde anotar estas dos cifras, que por lo que veo, Dios me manda.

—Me llamo Lucía. ¿Y tú?

—Yo me llamo Emil —le digo, con mi libreta en mis manos—, ¿quién te mandó a mí, por qué tienes un uno en ese papel?

—Me tengo que ir. Adiós —se retira de la conversación corriendo hacia el infinito y más allá.

—Qué extraño es todo esto. Los anteriores dígitos se conformaban con el número uno y cero, se alternaban entre sí, pero ahora presiento que seguirá en ese parámetro. Es imposible sacarme la lotería con números repetidos; si esto no es para que yo sea millonario, ¿entonces para qué son estos números, Señor? —exclamo al cielo, muy confundido.

Organizo mi morral, empero dejo en mis manos mi cartilla, para ver si sigo mirando números que no sean más que el uno y el cero. Sigo derecho la calle Juan Alejandro Ibarra, mientras voy caminando me percato de un gato precoz, que tropieza con el balaustre de un hogar de un tal Ramón, exclama con su dolor: ¡Oh, por Dios! O al menos eso escucho en mi hipotálamo.

—Señor, ¿sabía acaso usted que el número uno, es un número primo? —me pregunta una señora, a lo que me espanto de repente.

—¿Y desde cuándo los números tienen familia? —le interpele a la doña que me interrumpe en mi soliloquio literal con el lector.

—Bueno, es que quería decirlo, primera vez que lo sé.

La miro, y sigo de largo. El Lago Romi, y ella, son muy parecidos. Me detengo entre la Juan Alejandro Ibarra, esquina Paraguay. "¡Oh, es cierto, ella mencionó el número uno!", es lo que pienso en un santiamén. Anoto dicha cifra en mi cartapacio. "Señor, ya van tres números, ¿ahora qué sigue?", continúo especulando.

Espero a que los coches crucen, y sigo mi trayectoria banal. Oh, cáspita, lo olvidaba, ¿cómo se llama el creador del Río Jordán? Pues creo que Michael Jordan. En fin, de frente al Colegio Evangélico Dominicano, que dentro de éste está también la Iglesia Evangélica Metodista Libre La Fe

Viva, veo grafiteado en la pared de la Escuela Fidel Ferrer, el número cero.

Ya es momento de cruzar la calle Arturo Logroño, que hace cruce con esta misma que estoy transitando. Veo a mi lado la compañía Mejía Arcalá, un grupo de embutidos encargados de las mayores producciones de leche en polvo en el país, también por ser dueños de los embutidos de la compañía Quesos Michelle, y otras empresas más, tal como es el caso de la Leche Milex. La calle Juan Alejandro Ibarra, en el Ensanche la Fe, era conocida anteriormente como la 33. Todas las calles del Ensanche la Fe eran conocidas por números, no por sustantivos propios. El mismo caso es de la calle a donde resido, la Ramón Cáceres, que era nombrada anteriormente como la 31.

Ahora, únicamente falta cruzar a mano derecha, la Alexander Fleming, para así luego doblar a mano izquierda, la Ramón Cáceres.

—¡Emil!! —alguien me vocea, mientras camino.

No correspondo a su llamado. Me hago el acéfalo.

—¡Emil!! —sigue con lo mismo.

Sigo ignorando su petición de voltear mi vista, aunque siendo honesto, no sé quién diablos es.

—¡Mamagüebo!! —insiste, y no sé por qué el ser humano reacciona cuando lo tratan mal, así que sin pensarlo, volteo mi anatomía hacia el elemento no identificado.

En la esquina de la acera que queda al frente de Mejía Arcalá, en la Juan Alejandro Ibarra por su puesto, veo a Stick, un compañero de clase, de La Perito. Compartimos la misma aula y los mismos docentes, porque los discentes no pueden rotarse, empero los educadores sí. Somos llamados Tercero Ca. Lo saludo de lejos, y él me devuelve mi lenguaje de señas.

—¿Por qué sigues con el uniforme! —me interroga desde la esquina de la calle donde se encuentra de pie.

—Llegaré a casa ahora, estaba haciendo una diligencia —es lo que me llega a salir después de haber hecho un trío.

—Te escribiré por WhatsApp, así que atento —me deja saber.

—Está bien, te me cuida', mi loco —me despido de él.

En verdad la etiqueta verosímil de mi politécnico no era ese que les había mencionado (aunque es así conocido por equivalencia), sino Politécnico

Lic. Víctor Estrella Liz. Tuve que mudarme para acá (para el Ensanche la Fe, el barrio donde nací), donde vive mi abuela de parte de padre, mi tío de parte de padre, y mi hermano consanguíneo y uterino, por problemas financieros; por tal razón, terminé el Primero y Segundo de bachiller(ato), en el Colegio y Formación Ivonne, luego, vine a este sector. Las cosas no van bien en mi verdadero hogar. Entonces, por eso decidieron mis progenitores mandarme a mi lugar de origen, para así culminar el bachillerato (que ahora no se dice así, sino Secundaria o ESO), a lo que respecta Tercero y Cuarto de bachiller(ato). Me está yendo fenomenal, soy presidente de aula, y soy el chico más famoso de La Perito; entré y ya hice un escándalo. Ahora todos me recordarán como "el chico que se quitó la franela y empezó a bailar"; recuerdo que a mi lado estaba Esmil (o creo que así se llama, no memorizo bien), de Electrónica; y, Ernesto, del área de Informática, como yo, pero que pertenecía a la sección de Tercero Ele, otro grupo de Informática (igual al de Tercero Ca, pero con cierta edad más mayor que la de nosotros). Los que estábamos en Tercero Ca, teníamos alrededor de trece, catorce o quince años de edad.

Penetro mi domicilio, que está en un callejón, a donde mi abuelo de parte de padre tenía el Colegio Nuestra Señora de la Altagracia, que por desgracia tuvieron que desestimar después de su fallecimiento, el veintiséis de agosto de dos mil cinco (por si sos escritor, los números se escriben, no se ponen como tal en una novela, vé anotando este consejo).

—Son las siete y diez de la noche, ¿a dónde estabas? —me cuestiona mi hermano Rhadys, al verme llegar tan tarde.

—Estaba en la casa de Yeremy Mezón, haciendo un trabajo.

—¿Quién es Yeremy?

—Un compañero de clases.

—Por lo menos, la próxima vez, vienes, me informas y luego te vas a hacer lo que tengas que hacer.

—Está bien, lo haré.

No entiendo cómo es que no tengo privacidad, digo, es que soy a penas un puberto. Tengo quince años, no tengo independencia financiera y algunos detalles más. Son las siete y diez, tengo que "take a bath" , y luego ir a la casa de Alondra, para así ir a Casa Teresita; tengo que pensar bien en la excusa que daré, y tengo que retornar antes de las

diez.

Me baño, me arreglo, y veo mi reloj de marca 'Qué te importa', que me sitúa las siete y media de la "evening". No duro mucho duchándome, chicos. Me pongo mi traje color negro, mi camisa color roja, mi pantalón color rojo, mis zapatos marca 'No quiero que me salte el copyright de la compañía y por eso no pongo una real, hashtag: córtese el pelo, gay', del mismo color; y mezclo todo mi flow, con el perfume francés que me regaló mi tía Anny, llamado 'Le pupú'.

—Ya es hora de partir —me digo, terminando de colocarme la corbata de color negra, de frente a mi vidrio. Qué linda cacofonía.

Salgo de mi morada, sin que mi hermano y mi tío me notarán. Nota de Amara: nunca la amarás y entenderás por qué ella me ama. Novemarca, esto se llama.

Sigo derecho la Ramón Cáceres, para luego doblar a mano derecha la Alexander Fleming (conocida como la 20); después, doblo a mano izquierda la Juan Alejandro Ibarra, para entonces doblar a mano derecha la Arturo Logroño. Luego que estoy en la Arturo Logroño, doblo a mano izquierda la Rafael J. Castillo y me detengo hasta donde está el pica pollo, y así entonces, doblar a mano derecha la calle República de Paraguay (conocida como La Paraguay), y finalmente penetrar la famosa Ortega & Gasset; que ésta, más tarde y constante, me llevaría hasta la Francisco Villaespesa. Camino, sin detenerme, la Ortega & Gasset; paso de largo la cafetería, el comedor, la casa de los cachos, la esquina a donde se establecen los travestís a partir de la media noche, hasta toparme con la Francisco Villaespesa; veo el establecimiento Radiadores Ramir, ya no sería Ensanche la Fe si cruzo la Gómez, sino Villa Juana.

Llego a Villa Juana, el barrio enemigo y vecino del Ensanche la Fe, junto con Cristo Rey y Villas Agrícolas.

—¿A dónde estará? —me interpelo, al ver que no estaba fuera de su casa.

—Bu —me asusta, detrás de mí (no detrás mío, no se puede poner un posesivo, sino un pronombre; anota este segundo consejo)

—Loca, no me asustes así —le dejo saber, ya que no puedo ver pelis de terror.

—Vayámonos —me dice, besándome, enlazando su mano izquierda con mi mano derecha, como si camináramos a nuestro casamiento.

Todo el puto recorrido que hice, teníamos que hacerlo de nuevo; pero no me hastío, dado que me encanta caminar, está súper cerca y, asimismo, estoy con ella. También, en el bolsillo superior de mi traje, tengo un papel

con las cuatro cifras que ya había notado en mi cuaderno el día de hoy, las cuales eran:

0110.

Lo llevaba conmigo como siempre llevo conmigo papeles de sanitario, por si me dan ganas de ir a un váter estando en algún lugar público. No sé si Dios quiera premiarme con estos números que, para mí, no tienen sentidos.

—Te ves más hermosa, hoy estás con una licra negra, una blusa roja y unos zapatos femeninos, sin tacos alzados, de color azul, con dos calcetines diferentes. Al parecer te gustan usarlos distintos, igual que a mí, vaya qué sos una cajita de sorpresa, Güinni.

—Gracias, Sebastián —me agradece—. Hoy me puse este vestido para así conmemorar todo lo que trabajé en Casa Teresita. Las chicas se pondrán muy lloronas, ya las verás.

—Sí, me imagino, son tus amigas (...).

—Y también mis novias.

—¿Qué, novias!

—¡Ja, ja! Algo así. Hemos hecho trío entre nosotras.

—¿Pasa algo entre tú y Kilci, Alondra?

—A Kilci la conocí yendo a Casa Teresita; se le veía muy hermosa, sobresaliente, callada y con cierto grado de misandria si se podría decir.

—Cuando la vi, hablaba de que los hombres eran nefastos, o algo así.

—Sí. Ella es un poco estrambótica. Háblame de ti, ¿cómo te va en La Perito, y qué tal tus escritos, Emil?

—Pues... siempre me va bien con las calificaciones. Y en cuanto a los escritos, terminé Más allá de lo espiritual Vol. 2.

—Oh, ¿en serio? Creo que esa saga es espectacular. Pero, ¿ya fuiste contratado por una editorial?

—No, con ninguna por ahora. Fui a una los otros días, y el tipo quería

engañarme y contratarme sin firmar contrato.

—Es normal, Billy Bob. Ya nadie quiere tu talento, sino tu dinero.

Al parecer de tanta plática, las ocho y veinticinco nos da, hasta que por fin estamos en la Ortega & Gasset con Arturo Logroño. La gasolinera (bomba, en dialecto dominicano) "Isla", está do frente a nosotros, también "La Plaza de la Salud".

Entramos al lupanar: y la disco y las personas estaban danzando, teniendo lo que podría decirse "una orgía sentimental con el aquí, y el ahora". Yineiry, al vernos, a Alondra y a mí, nos llama con un lenguaje de señas.

—¿A dónde diablos estaban? Letty, Kilci y Denise te estaban buscando, Güinni.

—Estaba en una diligencia con Emil —le vocea Alondra a Yineiry, acercándosele, dado que la canción no deja que tu oído interno pueda, a través de la cóclea, captar los sonidos.

—Aquí está Jorge Báez —le deja saber a Alondra.

—¿En serio él está aquí? —le cuestiona a Yineiry, casi no creyéndole, sorprendida.

—Hola, tú —le dice un hombre alto, nariz puntiaguda, caucásico, pelo rubio, vestido elegante, con un tabaco gigantesco entre sus fauces y su barbilla.

—¡Oh, por Dios! ¡Eres tú, estúpido!! —le responde Alondra, volteándose después de tal aviso. Nota: nunca había visto a Alondra tan emocionada y feliz, al parecer era un antiguo amigo, o como mucho, tal vez su ex.

—¿Todo bien? ¿Y mis otras niñas, dónde están? —le pregunta el señor, a Alondra.

"«¿Niñas?», ¿es en serio? Este tipo habla como si fuera su padre", es lo que pienso, por este instante.

—Ah, casi se me olvidaba, Jorgito, él es Emil Cerda, mi novio, del que te conté —me lo presenta mi "novia", que al parecer se siente más emocionada hablando con otro, que conmigo.

—Con que tú eres La promesa de la literatura dominicana del siglo XXI, ¿eh? Pero eres chiquito, guapo —diciendo esta frase, se me acerca, como si intentara besarme— y con la mejor mujer que te hayas topado. Pareces

de nueve años.

—H-hola. S-sí, ese soy yo, mucho gusto —le devuelvo el saludo.

—Emil —me mira Alondra, y me dice:—, él es Jorge Báez; es dueño de este burdel, también novio de Letty. Él me ayudó a entrar aquí, y a trabajar, ya que me vio necesitada de empleo, me consideró. Lo aprecio mucho —me informa, sonriendo al mencionar su nombre.

Yo no soy celoso, pero juro que si vuelve a sonreír, pronunciando su etiqueta...

De pronto, noto cómo Alondra me mira, abriendo sus pupilas escalofriantes, sus escleróticas; todo lo que conforma su rostro, se torna muy blanco. Siento mareos.

—Quiero mucho a Jorge, Emil, no tienes por qué sentirte celoso. Es novio de una de mis mejores amigas, y nunca hemos singado él y yo.

—Sí, es cierto, Emil —afirma Jorge, mientras sigo con mis mareos.

—Güinni, déjalo, qué le 'tas haci... —a penas escucho la voz de Yineiry, mientras la canción Whatever Yo, de Mozart la Para, está entrando en mis tejidos, y más temprano, mis sentidos ya lo están asimilando.

Caigo al sillón que me queda al lado.

—Jorge, tenemos que hablar en la oficina, es algo serio —es lo único que escucho de Alondra, aún no puedo moverme.

—Ten, come este poco de marihuana, te podrás reponer; Alondra no debió hacerte eso —me dice Yineiry, entrando en mi boca un producto un tanto raro que jamás antes había degustado.

—¿A dónde está... —no termino la pregunta, hablo como un borracho feliz.

—Ella está con Jorge y Letty, en su oficina, están hablando solamente, niño. No te asustes —escucho su frase en tercera dimensión, con ecos en mi alrededor.

—¿Qué le pasa? Tiene los ojos rojos, está babeando y está inmóvil —le cuestiona Kilci a Yineiry.

—Alondra, ya sabes —le hace la mirada de como saber algo a lo que estás acostumbrado—, utilizó esa mirada tétrica en él. Ya le di un poco de

marihuana, surgirá efecto en minutos.

—¿Qué hiciste qué, pequeña bruja?, ¿no sabes que es un niño, y que tal vez no aguante?, ¿le diste poco, cierto? —luego de tanta preocupación, me levanta de mi asiento, se sienta y deja que mi cuerpo caiga encima de sus piernas, encima de éstas, me abraza con sus pechos significantes.

—No entiendo cómo un niño tan peculiar ya se ganó la aprobación de Jorge, Letty e incluso la tuya, no sé qué le ves, en verdad, Kilci.

—Si es novio de Güinni, debemos cuidarlo; ya es parte de nosotras.

—¿De nosotras? —poniendo una cara de asco—, ija, ja! Excúsame, pero yo a él no lo conozco, y segundo, no lo considero un hombre.

—Sólo ponte a pensar en cómo se sentiría Güinni al saber que tú aún le tienes rencor, o peor aún, que no quieres aceptar que están juntos, ¿cómo crees que ella se pondría, cómo crees que ella te miraría después de eso? No se trata de ti o de mí, se trata de que somos una familia, ¿lo olvidas?

—Solamente no quiero que este estúpido se la quede completa —señalándome.

—¿En serio le tienes celos? Él no se quedará con Alondra, nosotras la conocimos primero; además, Emil no es así.

Estoy sonriendo sin razón previa, mirando a todos los lados, sintiendo las tetas de Kilci en mi dorso. Contemplo la mirada fija y tenebrosa de Kilci que está encima de Yineiry. Kilci toma a Yineiry de sus fauces y la besuquea; es hermoso ver a dos féminas besándose mientras estás bajo el efecto del cannabis.

Luego, Kilci agarra mi barbilla y pone a que Yineiry me chulee. Ya estamos los tres muy cachondos, y estoy utilizando mis dedos anulares y mayores, de mis dos manos, frotándolos con los totos de Kilci y Yineiry. Echo a un lado las tangas de ambas, e introduzco mis dos dedos suave y lentamente. Están demasiado mojadas y, también, susurrándose entre ellas. Entonces, me bisbisean también:

—Quiero que me lo metas, papi —dicen a coro.

—Se los voy a meter bien duro, malditas perras —digo, excitado y controlado por la marihuana.

Me hacen poner de pie y nos adelantamos a una recámara para clientes VIP. Cierran la door, al parecer tenían las llaves; me lanzan al catre, y, se

desnudan; entonces, inician a hacerme una felación.

—Nunca había probado una ñema tan rica como la tuya, Emil —me informa Yineiry, dejando mi güebo repleto de baba.

—Diablo, qué maldito güebo, papi, mira qué ñema —exclama Kilci.

Ambas me lo maman y se siente demasiado rico. Siento el piercing de la lengua de Yineiry junto con la lengua de Kilci, rosando mi ñema y dejándola muy babosa. Se escucha cómo se abre la puerta, y que una donna entra al escenario vislumbrado. No escucho bien su voz, ni veo su efigie parcialmente. Pero siento que una me cabalga, mientras que una se posa encima de mi boca, con su panocha; y, que otra, al lado de ésta, se masturba.

Pasan más de dos horas.

Me encuentro en un sillón de la Casa Teresita. Güinni me pasa una lata de Coca Cola, y le digo:

—Guao, me siento muy excitado y cansado, y creo que te engañé con Yineiry y Kilci, Alondra, lo siento de verdad.

—¿En serio lo hiciste con ellas?

—Sí, perdón de verdad, sé que terminarás conmigo y es normal...

Me interrumpe, y me besa.

—Yo estuve ahí, Emil, tú también me lo metiste. Asimismo, sé que te dieron marihuana y de que estabas muy pasado de efecto. Las chicas me lo comentaron, y también se sorprendieron de lo grande que lo tenés y de cuantas horas duras.

Alondra me pidió, me vio y me llamó con su mirada; mi amigo "erección" me acompañó. Me bailó en el tubo, frente a todos; me bisbiseó, en inglés:

—I don't understand why mankind thinks happiness starts with material things, because i'm a demon and i know for sure where deception started.

—¿Qué? No te escucho bien por la música.

—¡Ja, ja! Emil, parece ser un sentimiento humano que las personas deseen más lo que no albergan, que lo que poseen, y yo te tengo a ti,

Emil.

La contemplo con sus manos en mis mejillas, mirándome fijamente, mientras suena un dembow detrás, y se avalancha encima de mí para besuquearme. Le agarro el culo, tomo con mi brazo derecho la ampolla de Hennessy, y le prendo el pecho con mi cigarro.

Termina de danzar y se aproxima a mí.

—Ya renuncié, hablé con Jorge. Pasaré este poco tiempo que me queda, junto a ti.

—¿Aún sigues obsesionada con la metáfora de que te vas a morir?

No dice nada, sino más bien sonrío.